

El
progresismo

Por
Gonzalo García Badell

Al igual de otras muchas respuestas totalitarias – aquellas que dan una solución a todos los problemas de la sociedad y de sus individuos – que han surgido en la civilización occidental (redundar con la civilización cristiana, sería un pleonasma), “el progresismo” tienen su origen en la teoría del “Cuerpo Místico”. La comprensión de este concepto le estará vedada a muchos de mis conciudadanos gracias a la idiocia de los distintos gobiernos que, por sectarismo, han suprimido la enseñanza del dogma cristiano como si pudieran suprimirlo del bagaje cultural y vital de la civilización, o se pudiesen eliminar sus consecuencias epistemológicas por Decreto Ley.

Volviendo al tema del progresismo como escolio del cristianismo, afirmamos que adoptar dicha opción “progre” era previsible. En efecto, ante la tragedia de vivir, todo ser humano tiene dos posibilidades. La primera es asumir su madurez y, por tanto, el protagonismo individual de cada uno en su propia vida. La segunda es dimitir de uno mismo y diluir el antedicho protagonismo en la comuna, pueblo, nacionalidad, raza, etc.

A finales del siglo pasado, y ante la descalificación por incomparecencia del socialismo, los antiguos cofrades comprobaron la gélida temperatura de la intemperie en que les habían abandonado. Sin quererlo tuvieron que buscarse la vida con la apremiante necesidad de elegir entre tirar toda la ganga y comenzar de nuevo -esta vez sin la red de los cofrades- o agarrarse a una nueva teología. Esta última tentación fue irresistible. Por ello frente tan cruel disyuntiva nació la progresía a finales de los sesenta.

Para iniciarse en la nueva secta fue necesario alargar la adolescencia hasta la más patética y provectora vejez y, si me apuran, hasta más allá de la muerte pues, como veremos más adelante, también les aseguraba la absolución de sus propios abusos y por tanto la salvación en manada.

Por esta concepción del nuevo cuerpo místico nadie era mínimamente responsable de sus actos, ni, naturalmente, de las consecuencias de estos. A la postre todos estaban determinados por los condicionamientos que la sociedad enferma deparaba al grupo, tribu o nacionalidad, y contra los cuales el individuo solo podía diluirse en la masa y solidarizarse con ella en concubinato indisoluble.

En resumen, el progresismo como ideología nació de la negación del individuo y, por tanto, de la renuncia al protagonismo de éste sobre su propia existencia. Ello demandaba no caer en la tentación de pensar autónomamente, asumir los dogmas y, para reforzar la fe, participar en

los ritos. Quien lo cumpliera lograría la total integración en la secta.

Las gratificaciones que anunciaba la buena nueva son innegables y, sin ánimo de agotarlas todas, enumeremos algunas: daba sentido a una vida trágica, sustituía una ética de ciudadano individual por una moral tribal bastante laxa, gratificaba a los adictos con una autoestima supervalorada y evitaba las inseguridades de todo pensamiento no adocinado.

Sobre el sentido de la vida el progresismo parte del axioma: “yo soy rebelde (o cualquier cosa) porque el mundo me ha hecho así”, por lo cual la sociedad es la responsable de mis actos. Este dogma que nos suena chusco era fundamental para amortiguar el salto del socialismo ortodoxo al progresismo. Había una continuidad; ya sabemos que, para el primero, el sujeto de la historia son las clases sociales, las masas y que el individuo no cuenta.

A partir de esa venta del alma al diablo lo demás se daría por añadidura: nadie sería responsable de sus actos. Por tanto, se les eximía de la lucha responsable de su propia vida. A modo de corolario de lo anterior se deducen las siguientes proposiciones: todo el mundo me debe algo, toda competencia es ilícita, toda propiedad es un robo, los intereses materiales individuales son miserables. Este último principio no debería aplicarse a uno mismo pues admite una interpretación permisiva. De éste modo se permitía cumplir el principio de que un progre se caracteriza por su afán desordenado de riquezas. La reforma, de hecho, fue asumida sin remilgos por la nueva iglesia. Tampoco nadie estaba autorizado a la libre interpretación luterana o a la inocente crítica. El dicho “entre bomberos no nos pisamos la manga” se aplicaría sustituyendo bomberos por progres y el verbo pisar por criticar, demandar, responsabilizar.

En cuanto a la segunda ventaja, se parte de que toda moral individual quedará prescrita como reliquia del pasado y a la conciencia individual no se le debía hacer una lectura estricta. De todas formas, y como consecuencia de la arraigada noción del pecado que sobrevivía en el personal, la necesaria absolución de los pecados será francamente barata. Por ello, hasta la mayor aberración o cosificación para con un semejante será lícita y hasta recomendable. Al fin y al cabo el cuerpo, educado por esa sociedad enferma, me lo pidió.

En esta falsificación religiosa había un sacrificio salvador que aportar a su cuerpo místico que les hiciera partícipes de la redención. Eligieron como cordero pascual, sacrificado en guerra civil, a una mítica y seráfica “República de trabajadores de todas las clases”. De ahí el interés de

los “progres” por mantener enhiesta la bandera de su falso Mesías. Como éste fue tentado por Satán en forma de golpismo (elecciones del 33, octubre del 34, destitución del poder moderador), sectarismo (republica para los republicanos) y, cayó en toda clase de pecados, los sumos sacerdotes de la secta tuvieron que rescribir su evangelio, para así hacer desaparecer toda mácula.

Las gratificaciones obtenidas por la pertenencia a tan selecto club no tienen parangón en el mercado: se dictaron mandamientos cuyo cumplimiento aseguraba la inclusión en el grupo de los elegidos. Veamos algunos: la cursilería como criterio estético, que permite hablar sin límite ante la obviedad más extrema de dos brochazos; la alta valoración de las vanguardias por su ubicación en el tiempo, independientemente de lo que dicte un sano juicio; el culto al diseño para el hábito talar de la grey, fundamentado en la estética de la arruga es bella y si es en tonos marrones o color ala de mosca, mejor. Su confirmación en la fe se realizaba repitiendo hasta la extenuación, a modo de mantra, la farisaica seña de identidad del “yo no soy como esos”. Así hacían profesión de fe y pertenencia a la progresía en base a su antiamericanismo, antisemitismo, antimilitarismo (salvo que sean guerrillas zapatistas), globalofobia, ecologismo más bien cursilón y sobre todo, su odio a la bandera nacional pues representa a la sociedad y por tanto está estigmatizada por representar ciertos valores. Ello no les impedía que venerasen todo tipo de estandartes de las distintas cofradías o nacionalidades.

Ahora bien, también sintieron la necesidad de ser reconocidos y bendecidos por los demás, de forma que, inseguros, en vez de reivindicar lo maldito, necesitaron santificarlo sacramentalmente. Véase el caso de la elevación a la categoría de sacramento de los amores nefandos con ceremonias horterísimas aunque a algunos les emocionen. Que importa pasar por la vicaría civil si la mamá se queda contenta.

Para autoafirmarse tampoco hicieron ascos a los ritos procesionales, donde la veneración a los santos de otros tiempos (representados en grandes retratos de los santos padres; Marx, Engels, Lenin, Stalin, Mao), fue sustituida por el culto de latría a la pancarta.

En fin sin acudir a ningún organismo de homologación, con envidiable ligereza, se han regalado unos a otros con encomiásticos piropos y todos tan contentos, pues la calidad de su pensamiento flácido era elevadísima por decreto. A causa del nivel alcanzado por su dogmática, no deben confrontarla en libres polémicas. Es la mejor y punto. Si alguien se opone a tal hegemonía, ellos siguen superando a todos ya que no compiten, ni en esa lid ideológica, ni en ninguna otra ya sea de econó-

mica, histórica, etc. Su dogma está muy por encima de todo y todos, y a los vulgares mortales no iniciados les está vedado acceder.

Como se ve, hay mucha tela para cortar. Esa será la labor de los próximos días.

§§§

Otro artículo tomado de una página "progresista"

1. Libertad e igualdad.

Desde este horizonte humanista de la relación entre el hombre, la política y la sociedad, el pensamiento laico ha tendido a preocuparse, coherentemente con la definición expuesta de derechos humanos, de las condiciones sociales que permiten la realización de los derechos humanos para todos y cada uno de los individuos de una comunidad, independientemente del grupo social en que estén insertos. Conseguida la igualdad ante la ley y reconocido un catálogo de garantías fundamentales (las llamadas "libertades civiles" - de movimiento, de reunión, de expresión, de asociación -, que eran reivindicaciones centrales de la izquierda democrática durante el siglo XIX), el movimiento laico ha propugnado que es necesario pasar de la libertad, entendida como ausencia de coerción: "libertad de hacer", a la libertad entendida como autoemancipación: "libertad de poder hacer". Mientras la primera implica sólo el reconocimiento institucional de la autonomía individual para realizar una acción y, por tanto, la no interferencia de la institución, la segunda implica que una vez que se ha decidido realizar tal acción, no deben existir impedimentos ni condiciones sociales externas para llevarla a cabo.

2. Igualdad de oportunidades.

La relación entre estas dos concepciones de libertad está asociada con el hecho de que aunque en una sociedad se reconozca la libertad de hacer tal o cual cosa, el ejercicio de esa libertad sólo es posible en un contexto de life chances (oportunidades vitales). Este concepto designa las posibilidades de elección y las alternativas de acción realmente existentes en una estructura social, en la cual el individuo no ve obstaculizada de hecho, por razones materiales o de presión social, esa libertad y, aún más, en la cual se multiplican las opciones de cada ciudadano individual para ejercerla. En una significación más amplia, la "libertad de poder hacer" expresa, también, que la libertad no se debe entender sólo como aquello que es posible hacer sin estar sujeto a punición jurídica sino como realización personal.

3. Derechos individuales.

De aquí que la plena vigencia de los derechos humanos sólo sea posible si existen las provisiones y condiciones para materializar esta capacidad. Dicho de otra manera, los derechos civiles forman parte de una concepción negativa de la libertad, es decir, limitan la posibilidad de elección. Implican que las instituciones únicamente reconocen tales derechos pero que su práctica depende de la voluntad individual. Se tacha tal concepción como negativa porque las instituciones tienen un comportamiento no activo, a menos que el ejercicio de tales derechos sea ilícito porque viole los derechos de otros. Los derechos individuales son concreciones de la "libertad de hacer".

4. Derechos colectivos.

Los derechos económicos, sociales y culturales implican, en cambio, una acción positiva de las instituciones para llevarlos a cabo, ya que no es posible hacerlo con la sola voluntad individual. Forman parte, además, de una concepción positiva de la libertad, en el sentido de que no sólo se refieren a la posibilidad de elección sino al valor que cada individuo puede dar a tal posibilidad; se tacha esta concepción como positiva porque las instituciones tienen un comportamiento activo y son un requisito para la "libertad de poder hacer". Por ejemplo, en una sociedad como la nuestra, un trabajador pobre y sin propiedad puede ser libre desde el punto de vista de elegir si trabaja o no, porque conforme a la ley no está obligado a hacerlo, pero en cualquier caso es evidente que tal libertad no tiene mucho valor, porque la elección práctica que se le plantea es entre trabajar o tener serias dificultades para sobrevivir.

5. Derechos sociales.

Es de acuerdo con esta distinción que el movimiento laico se ha adherido al postulado de que la dimensión civil de los derechos humanos, inserta en la definición negativa de libertad, y la dimensión social, económica y cultural de los mismos, inserta en la definición positiva de libertad, están interrelacionadas de tal forma que son lógicamente inseparables. Sólo la garantía de autonomía material que proporcionan los derechos sociales, económicos y culturales puede asegurar la no existencia de impedimentos externos a la libertad de elección que presuponen los derechos civiles. Un paso que es fundamental para entender que la libertad y los derechos individuales sólo son plenamente efectivos en un marco de responsabilidad social.

6. Condición de ciudadanía.

La ciudadanía se refiere a la disposición de derechos civiles y, sobre todo, de derechos políticos específicos, tales como los electorales o de participación que afectan al propio proceso de toma de decisiones de las instituciones. A diferencia de los derechos civiles, los derechos políticos implican tanto una "libertad de hacer" como una "libertad de poder hacer", en el sentido de presuponer un comportamiento activo de los ciudadanos por el cual no deben existir condiciones ni impedimentos que limiten material o socialmente tal posibilidad de elección o participación. Los derechos políticos son aquellos que hacen posible la aplicación de todos los derechos, en la medida que aseguran la moderación del poder institucional en favor de la libertad individual y no afectan estrictamente a la salvaguarda de la dignidad humana, pero aseguran la libre determinación individual en el proceso de toma de decisiones que conforma tal salvaguarda

7. El ciudadano como protagonista.

Pero sería una equivocación pensar que los derechos civiles y políticos, considerados en abstracto, garantizan por sí mismos la ciudadanía. Sin prestar atención al hecho de que en las últimas décadas han variado poco las desigualdades en la distribución de la renta, en las oportunidades de educación o en la incidencia de la movilidad social, y que, por tanto, no todos los individuos tienen las mismas posibilidades de influir en el proceso de toma de decisiones, la noción de ciudadanía se convierte en una categoría legal que no tiene correlación en la realidad social y económica. Si el ciudadano debe ser un sujeto activo del proceso social que determina y condiciona su vida cotidiana, debe poder acceder tanto a titularidades, es decir, al despliegue legal por el cual se le reconozca el conjunto de derechos humanos que hemos descrito, como a las provisiones que deben acompañar a las titularidades, es decir, las cosas y los bienes que permiten la libertad de elección una vez que se tienen reconocidos los derechos. Se trata, pues, de dar a la noción de ciudadanía una extensión y amplitud que van mucho más lejos de la noción política formal de ciudadanía de nuestras sociedades: el ciudadano como actor del proceso institucional de toma de decisiones, como actor del proceso de conformación social y como protagonista de su propia libertad.

8. Laicidad como utopía.

Es posible conseguir que la libertad individual llegue casi a confundirse con la posibilidad de desarrollo libre de la propia personalidad y talento gracias a la puesta en práctica sin excepciones de los derechos humanos y a la extensión de la noción de ciudadanía. La laicidad no se adhiere a ninguna tendencia política organizada para llegar, sino que se limita a enunciar que una utopía racional de este tipo sería deseable si se quieren asegurar las capacidades humanas de deliberar, elegir y actuar moralmente. Más que una filosofía política, lo que defiende es una estructura de valores que deben permitir, precisamente, la libertad individual para optar y actuar en cada uno de los momentos de la existencia humana, para decidir cuál es el despliegue y el orden que uno da a la propia vida en las relaciones personales, en las creencias, en la afectividad o en las voluntades, y cambiarlas si se considera conveniente. Desde la laicidad, esa ausencia de una opción política partidaria concreta no significa, no obstante, apoliticismo. La laicidad está políticamente comprometida con la defensa y promoción de esa estructura de valores y su núcleo central, la libertad del hombre y sus derechos. Desde la abolición de la pena de muerte y la tortura hasta la eliminación del hambre en todo el mundo, o desde el derribo de dictaduras y regímenes autoritarios hasta la multiplicación de oportunidades de acceso a la educación, la salud y el trabajo sin distinciones de sexo, raza o clase, o la protección de los inermes y desvalidos, todas estas y muchas otras son causas laicas. El humanismo laico quiere suprimir todo aquello que, en definitiva, sean barreras a la realización del hombre como tal.

9. Optimismo y militancia ante el cambio social.

El humanismo piensa en términos de un proceso dinámico y no, de un mecanismo estático, en términos de calidad y de diversidad tanto como de cantidad y de unidad. No tiene nada que ver con lo absoluto, incluyendo la verdad absoluta, la moral absoluta, la perfección absoluta o la autoridad absoluta. Podemos encontrar formas en las cuales nuestros actos y nuestros objetivos puedan establecer una relación adecuada. El humanismo afirma la posibilidad de incrementar el conocimiento y la comprensión, que es posible mejorar la conducta y la organización social y que se pueden encontrar orientaciones más deseables que las actuales en lo que se refiere al desarrollo individual y social. Al tener como objetivo fundamental el desarrollo del hombre, rechaza el poder, la mera acumulación de personas, la eficacia o la exploración material.

10. Necesidad de la transformación social.

Si el movimiento laico está comprometido en un impulso de cambio de la sociedad y del entorno inmediato a favor del libre pensamiento, la tolerancia, la diferencia, los derechos humanos y la ciudadanía civil y social; este compromiso deriva, a su vez, en la toma de una posición crítica y transformadora de la sociedad establecida. La preocupación por las condiciones estructurales que hacen posible la libertad ha generado que el humanismo laico tienda a ser demócrata-radical en su crítica al poder y a las instituciones y partidario de la justicia retributiva en su soporte al desarrollo social y cultural de los ciudadanos. Y, por tanto, el humanismo laico ha sido uno de los componentes culturales históricos que han conformado la izquierda democrática; bastantes liberales, socialistas o libertarios han compartido, o comparten alguno o todos los valores de la laicidad.

11. La cultura laica.

En este sentido, la cultura humanista laica está contrapuesta tanto a las culturas políticas conservadoras o de inspiración cristiana que basan el orden social en valores como la fe, dogma, la autoridad o la tradición como en las culturas políticas social-autoritarias que basan la construcción de una hipotética nueva sociedad justa en la supresión (por más provisional que se quiera) de los derechos civiles y políticos, y en el establecimiento de grandes mecanismos de concentración y planificación de la vida civil. Todas ellas comparten el carácter común de ser "ideologías de la salvación" en las cuales el desarrollo del pensamiento independiente y libre, y el contraste racional son sustituidos por la coacción y la arbitrariedad, y en las cuales se acaba por sacralizar al poder instituido y por aceptar como normas eternas los patrones de la sociedad establecida (Es necesario precisar, asimismo, que el humanismo laico no es necesariamente contradictorio, por ejemplo, con una concepción del cristianismo en la cual la fe y la ética cristiana queden circunscritas al ámbito privado de la conciencia y la acción individual, y no se trasladen al terreno de la imposición social; o con una concepción abierta del marxismo en la cual tenga prioridad la reflexión sobre sus aportaciones innegables a la metodología de las ciencias sociales y a la interpretación de la realidad social, en detrimento de aquella concepción escolástica del marxismo que lo define como un conjunto de métodos y leyes inexorables sobre la condición humana y su devenir histórico). Contrariamente, el humanismo laico afirma que no hay respuestas fijas ni definitivas, que las sociedades son dinámicas y están abiertas al cambio, y que la función de aquellos que quieren contribuir a mejorar la

condición del hombre en cualquier sociedad no debe ser otra que explorar y descubrir nuevos caminos y alternativas mediante el uso continuado de la razón teórica y práctica.

12. La lucha por el progreso.

La crítica laica al poder y a las instituciones arranca de la idea de que es deseable avanzar hacia la más amplia e igualitaria participación y cogestión posible de los individuos en el proceso de organización social e institucional. Sin control individual de los procesos de organización social e institucional difícilmente existe capacidad de decisión individual autónoma. Esta crítica reanuda las consideraciones históricas clásicas sobre la naturaleza intrínsecamente negativa del propio concepto de "poder", tal como han sido formuladas desde Lord Arcton hasta Bertrand Russell.

13. Crítica del poder.

¿Qué se entiende por "poder"? No, evidentemente, la acepción del lenguaje común, a saber, la capacidad individual de influir en la conducta del otro; por ejemplo, el médico tiene "poder" sobre la salud o el maestro tiene "poder" sobre la transmisión del conocimiento escolar. El "poder" se define como la capacidad intencional de una institución o de un grupo organizado para modificar socialmente la conducta de los individuos sin que exista consentimiento libre, además, no es sólo tal cuando actúa, sino que es también "poder" potencial. El "poder" es un concepto en conflicto con el concepto de libertad, tanto si se pone el acento en la dimensión civil como si se pone en la dimensión social de ésta, y lo mismo si es entendida como ausencia de coacción, que si es entendida como capacidad de elección o como las dos cosas a la vez. La definición de "poder" es, en situaciones donde no hay violencia institucional explícita, del máximo interés: en muchas ocasiones, el poder se ejerce disimuladamente y de un modo tal que no puede observarse directamente. Por ejemplo, "A" podría ejercer poder controlado un supuesto "orden del día" y limitando así la discusión, el debate y la toma de decisiones para asegurarse de que sólo se tratan cuestiones que no amenazan sus intereses. O "A" podría también aprovecharse de las tendencias del sistema político que favorecen sus intereses por encima de los de "B". Y "B", preveyendo una derrota y/o una represalia, podría no querer desafiar a "A" respecto a cualquier cuestión concreta.

14. Ampliar el control democrático.

Es fácil ver que, en las modernas sociedades de democracia formal, no se trata tanto de que se modifique la conducta de los individuos mediante el ejercicio de la represión, sino de que las instituciones y los grupos de presión determinen los comportamientos ajenos a través de un uso complejo de recursos que van desde la persuasión hasta la manipulación, desde la amenaza del castigo hasta la promesa de una recompensa. En este sentido, disponer de potentes instrumentos coercitivos para determinar la voluntad ajena no implica necesariamente el recurrir a la violencia, dado que es suficiente para conseguir tal determinación que los instrumentos de coerción sirvan para mantener el grado deseado de control e influencia en las estructuras y medios que condicionan el proceso de toma de decisiones de la sociedad. La arbitrariedad del "poder" se da por el gran desequilibrio existente entre los recursos e instrumentos coercitivos de las instituciones y de los grupos de presión, y los recursos e instrumentos individuales para mantener la propia esfera de libertad, por más que ésta sea reconocida en una declaración constitucional de derechos; por tanto, es necesario ampliar y crear nuevos mecanismos de control del poder, mediante el aumento de la conciencia social y la autoorganización popular, que permitan disminuir los mecanismos crecientes de coerción.

15. La democracia participativa.

De este análisis sobre el poder se puede extraer la necesidad de una transferencia de poder: allí donde exista acumulación arbitraria de poder y, por tanto, una libertad efectivamente desigual, éste debe retornar a los individuos o disminuir su concentración mediante la ampliación de la práctica democrática. La preocupación del humanismo laico por pasar de una democracia formal a una democracia participativa responde a esta necesidad de transferencia de poder y se manifiesta en su simpatía por todas aquellas técnicas que permitan ampliar y profundizar el control del ciudadano sobre cualquier decisión que afecte a su vida cotidiana: la transferencia de competencias y recursos a las instancias menores; la reforma del sistema electoral y parlamentario - proporcionalidad pura, listas abiertas, posibilidad de revocación de los elegidos, etc. -; la introducción del referéndum vinculante por iniciativa popular, y su extensión a las instituciones locales; la reducción y, eventual, desaparición de los aparatos represivos del Estado; o la aplicación del principio de cogestión en todos los ámbitos donde sea posible, tanto de la sociedad civil como de las estructuras políticas. Una simpatía que hace considerar como conquistas irrenunciables la democracia liberal clásica y el

Estado de Derecho, que las somete a revisión crítica y pide su transformación, porque la única alternativa a los déficits de la democracia es más democracia.

16. Derechos de las minorías.

Por consiguiente, para el humanismo laico la democracia no es sólo una forma de poder basada en el gobierno legítimo de mayoría, sino también y sobre todo un sistema que regula el grado de poder basado en la protección y en los derechos de las minorías. Más allá del argumento tradicional de que la alternancia pacífica en el gobierno hace necesario que las minorías tengan la posibilidad futura de convertirse en mayoría y que, por tanto, es necesario que puedan influir sin estorbos en la opinión pública, el humanismo laico postula que los derechos de todas las minorías políticas y sociales son inalienables si se quiere evitar la conversión de la democracia en un sistema de poder cerrado. El argumento tradicional se situaba estrictamente en el plano político del parlamentarismo y su mecánica. El respeto a las minorías era necesario para evitar la lucha de facciones y garantizar la estabilidad política mediante la legitimación de la oposición parlamentaria al gobierno. En cierta forma, se trataba de un argumento que suponía una concepción limitada de la democracia como un régimen competitivo entre élites alternativas. El argumento laico sobrepasa al argumento tradicional: "la tiranía del mayor número sobre el resto" es un peligro en la medida que no se subordine el criterio de representación y ejecución de la voluntad mayoritaria de los ciudadanos en las instituciones democráticas al criterio superior de respeto a los derechos humanos y a la libertad individual de todos los ciudadanos, independientemente de su identificación con la voluntad mayoritaria.

17. Discriminación positiva de las minorías.

La inalienabilidad de los derechos de las minorías debe entenderse, en consecuencia, en la doble dimensión de inmunidad jurídica respecto a la potestad del Estado, en el caso de las minorías políticas, y de igualdad en el reconocimiento y ejercicio de las libertades y los derechos civiles, en el caso de las minorías sociales o de conciencia. (Y, por tanto, en el último caso, la inalienabilidad de sus derechos puede suponer la práctica de la discriminación positiva, dado que en una circunstancia de ausencia de condiciones sociales y materiales para la implementación de tales derechos y libertades, a pesar de su reconocimiento formal, la obligación gubernamental y legislativa es garantizar la opción no condi-

cionada a su ejercicio). El derecho a discrepar, a la diferencia, a la disensión, y a ejercer esta disensión por la vía que uno considere más adecuada (mientras no viole alguna de las reglas necesarias para mantener al libertad de terceros) se convierte, así, en una de las piedras de toque que miden el nivel de libertad real y de democracia efectiva de una sociedad. No se trata ya sólo de garantizar la alternancia sucesiva de mayorías diferentes en el poder, sino de que sean protegidos los intereses y los derechos de todos aquellos grupos minoritarios de ciudadanos que, de una forma u otra, o pretenden vivir alternativamente en relación a alguna de las normas de la cultura social de la mayoría, o no aceptan normas discrecionales gubernamentales que, por razones de conciencia, consideran injustas (por ejemplo, aquellas que se pretenden justificar por "razón de Estado"), o, sencillamente, piensan que la práctica política de la disensión les permite influir en una decisión que les afecta. La elaboración de una legislación antidiscriminatoria en lo que se refiere a la homosexualidad, la equiparación legal entre matrimonio y parejas de hecho, la supresión de la obligatoriedad del servicio militar, la protección de la intimidad y de la vida privada ante la injerencia del Estado o las grandes corporaciones privadas, la flexibilización de los derechos de ciudadanía para los inmigrantes extranjeros o el soporte legal y social a las minorías étnicas o culturales formarían parte, por ejemplo, de una agenda laica para disminuir el divorcio entre "derechos de la mayoría" y "derechos de la minoría" en nuestra sociedad.

18. Desobediencia civil.

Por lo que respecta al reconocimiento del derecho a la diferencia y a la disensión, cabe señalar que, incluso en el caso de que se admitiera el concepto de obligación política (el derecho fundamental de cada persona sujeta a un orden jurídico es el deber de obedecer las leyes; en un sistema democrático, la obligación es en última instancia la garantía de no violar los derechos y libertades de terceros), el humanismo laico considera que la desobediencia civil es una excepción racionalmente fundada del principio general de obligación existente en las democracias formales, precisamente porque no contradice ninguna de las reglas necesarias para mantener la libertad de terceros que justifican la propia obligación. En este sentido, la desobediencia civil es una forma particular de desobediencia, que se ejerce con el objetivo inmediato de demostrar públicamente la injusticia de una ley y con el objetivo final de inducir al legislador a cambiarla. Mientras que la desobediencia común es un acto que desintegra el orden público y, por tanto, debe ser impedida, la

desobediencia civil es un acto que apunta a cambiar el orden y, por tanto, no es un acto destructivo, sino innovador. Se llama "civil" justamente porque quien la efectúa considera que no comete un acto de transgresión de su propio deber de ciudadano, sino al revés: para comportarse como un buen ciudadano, considera que en esta circunstancia particular actúa mejor desobedeciendo que obedeciendo. Por este carácter demostrativo e innovador, el acto de desobediencia civil tiende al máximo de publicidad, lo que le distingue aún más de la desobediencia común: mientras la desobediencia civil es un sistema de democracia formal se expone al público, y sólo exponiéndose al público espera conseguir sus objetivos, la desobediencia común, si se quiere conseguir su propio objetivo, debe realizarse en el máximo secreto. En términos comparativos, la defensa que el humanismo laico hace de la desobediencia civil no violenta en los sistemas de democracia formal es una variante más restringida de su defensa histórica de los derechos a la resistencia y a la rebelión contra cualquier sistema no democrático. En términos prácticos, la desobediencia civil no violenta constituye tanto un elemento necesario para dotar de un instrumento de autoprotección a las minorías como una manera de evitar la unilateralidad de muchas normas gubernamentales que limitan, por la ambigüedad de las mismas constituciones, la libertad individual y los derechos humanos. El movimiento laico ha sentido históricamente una profunda simpatía por pensadores como Proudhon o Kropotkin en la medida que comparten una misma voluntad de eliminar poderes institucionales coercitivos, de incrementar sustantivamente la autonomía y el autogobierno de los individuos, o de encontrar nuevas fórmulas de cooperación social desde el antiautoritarismo. Y, en un aspecto concreto, la izquierda del movimiento laico y los pensadores anarquistas coinciden notablemente: la formas de democracia directa presentan ventajas sobre las formas de democracia representativa.

19. Crítica laica a los modelos sociales.

Conjuntamente con la crítica laica al poder y a las instituciones, existe también una aproximación propia del humanismo laico al desarrollo social y cultural. Esta aproximación no debe entenderse como un cuerpo doctrinario: la laicidad no se adscribe a un modelo económico y social determinado ni hace suyos supuestos universalizadores sobre la naturaleza intrínsecamente positiva o negativa, por ejemplo, del capitalismo o sus alternativas. Sin embargo, la laicidad sí que se pregunta y se cuestiona todo aquello que concierna al reconocimiento y garantía de la

libertad individual, los derechos humanos o la ciudadanía política, civil y social en cualquier sociedad o comunidad existente y, por tanto, es correcto deducir que la laicidad puede ser incompatible con determinadas versiones aplicadas de estos modelos o con las actitudes ideológicas que los sustentan. Y, en este sentido, es difícilmente reconciliable tanto con aquellas escuelas que propugnan un orden económico y social basado en un nuevo darwinismo (lo que hoy se llama "neoconservadurismo" o "neoliberalismo") como con aquellas que propugnan conseguir dimensiones de progreso por vías no democráticas.

§§§

¿Qué progresismo?

1976 y en la editorial Einaudi de Turín el notable pensador italiano Norberto Bobbio publicaba el libro «¿Qué socialismo?», en el que se preguntaba si el socialismo de los que aceptan la vía democrática sería la misma cosa que el socialismo de los que exaltaban a la Unión Soviética como el primer país socialista. Tras agudas reflexiones al respecto y un profundo repaso histórico de los orígenes y evolución del socialismo, concluía que probablemente el problema residía en que bajo el término «socialismo» se incluían realidades diferentes y aun incompatibles (socialismo democrático-democracia socialista), y, sin embargo, «nos movemos en esta discusión como si entre nosotros fuese pacífico el significado del socialismo».

El tiempo y el desarrollo de los acontecimientos se han encargado de dilucidar la cuestión y en la actualidad ya no se plantea otro socialismo que el socialismo democrático con poco de lo primero y mucho de lo segundo. Pero el equívoco subsiste en otras áreas, en otros conceptos, por ejemplo, en el del progresismo. Hoy se acepta casi como un dogma que para ser progresista hay que ser de izquierdas («el espíritu es de izquierdas»), que no hay más programas progresistas que los que patrocinan las fuerzas izquierdistas y que todo lo que significa avance, derribo de obstáculos y superación de inconvenientes está ligado de manera indisoluble a determinada concepción política.

Y hay en esto exceso y error. De entrada, parece obvio que el progreso material fruto de la inventiva humana tiene poco que ver con una u otra determinación ideológica, con lo que el campo de discusión parece debe centrarse en si para avanzar socialmente hay que situarse necesariamente en la órbita de la izquierda o ello es posible también bajo el manto de la derecha. Aquí los prejuicios tienen mucha fuerza, porque

así como en los años ochenta la llamada «revolución conservadora» resultaba ciertamente exagerada, así también, hoy, hablar del progresismo como algo ligado en exclusiva a los partidos socialistas resulta en muchos casos reñido con la realidad y en abierta oposición a lo que nos deparan las cosas mismas.

En efecto, el crecimiento del Estado, la presencia del poder público en la esfera económica, el intervencionismo, la regulación, el asistencialismo, el aumento de impuestos y el crecimiento del gasto público, ¿son progresistas o reaccionarios? A la vista de las corrientes dominantes en la opinión pública y de la dirección que toman los acontecimientos no parece dudosa la respuesta. Todo lo que se mueva de manera principista y radical en esos sentidos, por más que en forma más o menos matizada y encubierta sea patrocinado por los movimientos de izquierdas, no es apreciado mayoritariamente por los ciudadanos como progresista sino como retardatario, entrabador y contrario al signo de los tiempos que corren.

En lo referente a materias como el aborto, la eutanasia, el matrimonio y adopción por homosexuales, la inmigración masiva incontrolada, la globalización, lo militar, el sistema, la paz, la ecología y todo lo referente al desarrollo, orden y políticas de mantenimiento de las cosas dentro de límites razonables, ¿dónde está el progresismo y dónde el conservadurismo? Sin perjuicio del ruido y agitación social que producen determinados círculos juveniles y pese a esa extraña alianza de nuestros días entre anarquismo y marxismo (Schnapper), no parece oportuno catalogar sin más de progresistas movimientos, pronunciamientos, actitudes y comportamientos que en vez de solucionar problemas reales crean otros mayores y en lugar de avanzar nos hacen retroceder a estadios ya conocidos y poco placenteros, aunque sea muy tradicional en Occidente renegar de lo propio y «pensar que todo el mundo tiene razón, salvo nosotros» (Revel). Por todo ello, ¿no cabrá preguntarse hoy, ante el panorama que nos rodea, qué progresismo?

§§§

Progresismo

No puede existir mucha discusión sobre qué sea progreso material. Algo sin duda relacionado con el incremento del conocimiento científico y la tecnología. Algo que tiene que ver con el control de epidemias, la prevención de enfermedades y la mejora de la salud. También algo que relacione comida con dieta equilibrada y calorías y vitaminas, y algo

que posibilite a la comunidad humana un máximo abastecimiento de los mercados y una extensa red de comunicaciones. «Progreso material» funciona semánticamente como «adelanto» o «mejora».

Es un hecho que cuanto más progreso material llega a probar el humano más lo apetece y estima, y menos desea vivir sin ello. La masiva afluencia de inmigrantes a nuestros países tiene mucho que ver con haber probado algo de esas nuestras mejoras y con desearlas mucho. El bienestar, pues, como progreso.

Sin embargo qué sea progresar políticamente requiere un mayor discernimiento. Hace días, Savater (que ha colocado en el estandarte de los suyos la palabra progreso, como lo hizo la bandera del Brasil) promovía volver a la categoría de progreso y progresismo como cedazo para aquilatar mejor qué sea de verdad eso de ser de izquierdas o de derechas. Según él, el signo de progresismo en política es favorecer un modelo de organización social susceptible de alcanzar mayores cotas de libertad para el mayor número de personas. En consecuencia, sería progresista todo aquello que combata los mecanismos de miseria, ignorancia y autoritarismo, porque esclavizan. O sea, se trata del mismo ideal de los revolucionarios franceses que auspició Napoleón con sus ejércitos implantando la libertad obligatoria de un cabo a otro de Europa. No se olvide que era el mismo ideal del teórico ilustrado, J. J. Rousseau, cuando escribía: «El Estado les obligará a ser libres».

Opongo una objeción de fondo a mi tantas veces admirado maestro y compañero de lucha. Porque su acotamiento de progreso no va hasta la raíz moral de su axioma pues lo vuelve aceptable a cualquier relativista moral. O sea, a cualquier persona que diga que eso vale aunque se cometan injusticias sociales que afecten a menos gente. O que vale para nosotros pero no vale para los cubanos, los musulmanes, los republicanos de nuestra pasada guerra civil o para los indios del Orinoco.

¿Qué supuso la libertad en Occidente para ser considerada paradigma de progreso? Que se llegó a pensar que sólo mediante ella cada cual podría construir su propio recinto personal donde definir sus intereses personales. La libertad se mostraba como el único medio para que cada cual realizase su propio proyecto de vida. Pero atención, era la vida personal de todos y de cada uno, realizada según el designio de cada cual, lo que se contemplaba como valor supremo: todos valemos lo mismo en dignidad y nadie puede ser medio o instrumento en manos de ningún otro. Este supuesto moral, teorizado como nadie por Kant, ya lo habían definido cien años antes de que él escribiese los soldados enfrentados en Putney, al deponer sus armas en plena batalla de las guerras de reli-

gión (1642-1649), para proclamar que «el hombre más pobre de Inglaterra tiene una vida para vivir, lo mismo que el más grande» (fue el coronel Rainborough el encargado por los soldados de explicitarlo ante Cromwell en aquel primer debate democrático de la historia de Occidente, en 1647). Sentado, pues, que cualquier nacido tenía igual derecho a vivir su propia vida, los diferentes Agreements of the People que fueron acordándose instituyeron la libertad civil y la religiosa. La libertad, instrumento y medio, siendo el fin la determinación de cada cual para hacer su propia vida.

Para aquellos soldados en guerra pero en busca de una paz duradera y para gentes que, como los levellers, les ofrecían argumentos sólo una cosa era cierta: que los hombres nos hacemos daño unos a otros y unas personas humillamos a otras cuando no las dejamos que decidan qué forma de vida deben vivir. Desde entonces el mal absoluto aparece como crueldad y daño infligido por unos a otros. Locke aprendió bien la lección y escribió que «por causa de sus creencias y defensa de opiniones nadie debería dañar a otro en su vida, en su salud, libertad o posesiones» (Segundo tratado sobre el Gobierno civil).

La democracia, como forma menos mala de libertad, instituida jurídica y socialmente para vivir en el pluralismo político, se implantó como medio más apto para lograr el valor supremo: vivir la vida sin temor ni coacción, pudiendo cada cual tomar cuantas decisiones efectivas tienen que ver con la suya siempre que sean compatibles con la vida de cualquier otro. (Únicamente para lograr que seamos compatibles unos con otros se ha instaurado el recurso al gobierno de las mayorías, sin menoscabo del derecho de las minorías a no ser maltratadas y a ser escuchadas. La mayoría social ni es fuente de ninguna libertad ni alcanzará cotas de libertad en menoscabo de minorías). Y la historia de las democracias muestra que en la sociedad van surgiendo ininterrumpidamente formas de humillación de las que antes no se era consciente pero que hay que atajar: formas de explotación económica, sexual, familiar, ideológica, etc. No es la libertad lo que se amplía, no, sino la conciencia de nuestra mutua crueldad, daño y humillación. Y la libertad exige entonces nuevas formas de conducta, nuevos condensados de derechos para obreros, para jubilados, para las mujeres, para los disminuidos físicos, para los homosexuales, etc. (que son ficciones útiles para acabar con cuantas formas de crueldad y daño somos conscientes).

La libertad no asentada sobre el hecho moral de instituciones democráticas que busquen evitar el daño y cualquier forma de crueldad o hu-

millación a terceros conduce al totalitarismo. La «libertad para el mayor número de gente» o «mayores cotas de libertad para el mayor número de personas» es pura y simplemente un registro totalitario que no tiene nada que ver con la base moral del progreso político. Ni con la democracia siquiera. Constituye el mismo axioma que va de Napoleón a Stalin, y de Fidel Castro a KimiI Sung pasando por Mao, Bela Kun o Enver Hodxa.

Desde las experiencias de las dos Guerras Mundiales y la Shoah se ha vuelto axioma moral universal que la tarea de cualquier tipo de sociedad humana es combatir el daño, el sufrimiento y la humillación de las personas. Y poner al día esa tarea es lo que diferencia el mayor o menos grado de progresismo de los gobiernos. Derecha o izquierda nada tienen que ver en ello.

Un gobierno que ha pactado políticamente con los terroristas, los ha introducido arbitrariamente en las instituciones vascas y ha mentido al pueblo sobre todo ello es un gobierno inmoral porque humilla a la ciudadanía que ha luchado por la libertad y cumple su palabra. Un gobierno que agranda las diferencias entre ciudadanos, llamando nación a Cataluña o concediendo al nacionalismo vasco un contencioso político con España es un gobierno que cava la destrucción de la democracia. El socialismo actual se halla fracasando en cualquier aspecto del progreso: sea no condenando el exterminio nazi de los judíos en Galicia, sea logrando que sólo 3 de cada 10 ciudadanos aprueben el Estatuto de Cataluña (y dándolo por legítimo), o bien aprobando los presupuestos del Ibarretxe que ya ha avisado que en breve se saltará sus deberes constitucionales.

§§§

Orígenes del pensamiento “progre”

Tras la primera Guerra Mundial y el hundimiento de la II Internacional Socialista, una vigorosa corriente doctrinal dentro del marxismo, sobre todo a partir de 1945, da por periclitada la teoría leninista de la conquista violenta del poder por la clase proletaria. En lugar de asaltar el Estado para cambiar la mentalidad de la sociedad, los izquierdistas acomodados en las sociedades del bienestar (socialdemócratas), adoptan la tesis contraria.

La revolución frustrada: Lenin y Rosa Luxemburgo

Es necesario primero transformar radicalmente el alma humana, para que el poder caiga en manos de la izquierda, en palabras del propio Gramsci, "como fruta madura". El gusto por la contracultura, el antiame-

ricanismo primario, el ecologismo furibundo, el pacifismo a la violeta y, en general, la predilección de la progresía contemporánea por todos los enemigos del sistema occidental, tienen su origen en este revisionismo marxista de principios del siglo pasado.

A comienzos del Siglo XX, los teóricos de la II Internacional consideraban que los conflictos sociales acabarían lanzando violentamente a un proletariado, cada vez más depauperado y numeroso, contra la minoritaria clase burguesa, dando como resultado el triunfo de la revolución socialista.

En la verborrea marxista clásica, a un cambio sustancial en las condiciones económicas de la sociedad (infraestructura) seguiría de forma inexorable una mutación del pensamiento y la moral colectivas (superestructura), naciendo el hombre nuevo que cumpliría, por fin, el ideal socialista anunciado por sus profetas. Convencidos de que el futuro estaba predeterminado por las leyes de la dialéctica, la implosión definitiva del capitalismo y la llegada de la revolución proletaria, eran, tan sólo, una mera cuestión de tiempo.

Es necesario reseñar, sin embargo, que junto a esta corriente de marxismo contemplativo, coexistían enérgicos líderes partidarios de "ayudar" a la historia a cumplir sus designios. Era el caso de Rosa Luxemburgo y su "gimnasia revolucionaria", que las masas debían ir practicando para que el advenimiento marxista no les cogiera con las articulaciones morales anquilosadas, o el más clásico ejemplo de Lenin, que, bastante más desconfiado, no creía que el sistema capitalista fuera a reventar por sí sólo de un día para otro (las famosas "contradicciones internas"); por el contrario, según Lenin, era necesario colaborar de forma exógena con esas contradicciones, inoculando al proceso las dosis necesarias de lucha revolucionaria, hasta llegar a la toma violenta del poder por la clase proletaria, que era, por otra parte, de lo que se trataba.

Cuando los vientos que anunciaban el inicio de la primera Guerra Mundial empezaron a recorrer Europa entera, los dirigentes marxistas creyeron ver la oportunidad definitiva para el triunfo de la revolución proletaria en todo el continente. Según la ortodoxia marxista, la clase trabajadora debía responder de forma homogénea ante el conflicto, al margen de los intereses de las burguesías dirigentes nacionales, negándose a luchar contra sus hermanos de clase. La tremenda crisis abierta por una guerra dentro del sistema continental capitalista, no podía tener más que una salida: La Revolución. La famosa moción de Stuttgart de la II Internacional, proclamada en 1907, era suficientemente

explícita al respecto:

"En caso de que la guerra llegase a estallar, los socialistas tienen el deber de intervenir para hacerla cesar inmediatamente y de utilizar con todas sus fuerzas la crisis económica y política creada por la guerra, para hacer agitación entre las capas populares más amplias y precipitar la caída de la dominación capitalista".

Sin embargo, las previsiones optimistas de la Internacional acabarían en un completo desastre y, por extensión, supondrían el final de la propia organización, pues, a excepción de Rusia y Serbia por motivos muy concretos, los socialistas, junto con los sindicalistas y los anarquistas, participaron mayoritaria y entusiásticamente en la Unión Sagrada con sus clases dirigentes para la defensa nacional. En 1914, los socialdemócratas alemanes -al igual que sus correligionarios ingleses y franceses en sus respectivos parlamentos- votaron en el Reichstag como un sólo hombre a favor de los créditos de guerra, aspecto éste terminantemente prohibido por la II Internacional y reivindicado en sus distintos congresos. En todos los países involucrados en el conflicto bélico, los obreros, dirigidos por sus partidos de corte socialista, fueron alegremente a la lucha en defensa de sus respectivas naciones (y no de sus intereses de clase) dejando "la revolución" para otro momento. Los dirigentes marxistas, seguros como estaban de la infalibilidad de sus análisis materialistas, quedaron petrificados por esta orgía obscena de patriotismo proletario.

Rosa Luxemburgo, comunista germano polaca

Ni siquiera el estallido de la Revolución Rusa fue estímulo suficiente para que en los frentes, las masas proletarias entraran en razón e hicieran de una vez lo que la Historia y sus ungidos dirigentes esperaban de ellas. En lugar de ello, los espartaquistas alemanes, que vieron en la revolución bolchevique la ocasión perfecta para agitar las conciencias de los trabajadores de forma irreversible, fueron molidos a palos ¡por sus hermanos de clase! (los grupos paramilitares encargados de la represión fueron dirigidos por el socialdemócrata Noske, que cumplió este cometido, forzoso es decirlo, con singular eficacia). Rosa Luxemburgo, líder del levantamiento, experimentó en sus propias carnes la "gimnasia" que ella misma pregonaba a las masas, aunque en este caso no fue precisamente revolucionaria si no más bien todo lo contrario, y acabó asesinada a bayonetazos y arrojada a un canal, descubriéndose su cadáver varios meses más tarde; otros levantamientos similares en Baviera o Budapest fueron igualmente aplastados con facilidad. Los

trabajadores del mundo se unían, sí, pero no para acabar con el capitalismo, sino para moler a palos a los que trataban de organizar la revolución marxista en su nombre.

Parecía increíble pero, aunque las previsiones establecidas por la dialéctica marxista, cuyo cientifismo histórico estaba fuera de toda duda, vaticinaban el fin del sistema burgués capitalista tras el cataclismo bélico y el advenimiento inexorable de la dictadura del proletariado, el resultado fue exactamente el contrario.

Era imperativo, por tanto, un cambio de estrategia radical. Si la imposición violenta del paradigma marxista resultaba un evidente fracaso aún en las circunstancias más favorables para la agitación revolucionaria, la clave estaba en modificar las conciencias (superestructura) a través de la cultura, los medios de comunicación, las universidades y demás centros de pensamiento, hasta que el poder cayera en el regazo marxista, recordemos, como fruta madura. Al estudio de esta estrategia dedicaremos la próxima entrega de esta serie.

Propaganda y subversión: Gramsci y Münzenberg

Probablemente, Antonio Gramsci fue el primer intelectual marxista que comprendió la necesidad de trasladar la lucha de clases al terreno de la cultura de masas. Junto a Lukacs, otro teórico del "terrorismo cultural" según su propia definición, sentaría las bases para el acceso al poder mediante la demolición de los pilares morales de la tradición judeocristiana. Finalmente Willi Münzenberg, principal dirigente de la Komintern en la primera mitad del Siglo XX, se encargaría, con eficacia estalinista, de extender por occidente las consignas para la subversión.

El comunista Antonio Gramsci, uno de los pocos dirigentes marxistas a los que el fanatismo ideológico no le impedía cierta capacidad para el frío análisis, percibió tras su primera visita a la URSS que el comunismo no funcionaba como sistema de organización social y que, de hecho, sólo subsistía penosamente bajo regímenes que empleaban el terror de masas como arma para la obediencia política.

Cuando Mussolini, el socialista "conviene no olvidarlo" que acabó creando el fascismo, llevó a cabo su marcha sobre Roma, Gramsci puso en práctica la táctica habitual de los dirigentes comunistas en tiempos de crisis: Salir huyendo a uña de avión (en España, los cuadros dirigentes del PCE protagonizaron episodios similares al final de la contienda civil. Otros camaradas, a falta de aviones soviéticos, utilizaron ambulancias de la Cruz Roja, llenas por cierto de alhajas y otros objetos valiosos, para pasar la frontera evitando los rigores de una huida a pié con

los nacionales pisándoles los talones, como es bien conocido).

Ya en Rusia, pues ningún otro destino era más apropiado para el exilio de un fervoroso marxista, el italiano, haciendo gala de una honestidad intelectual a la que fue ajeno el resto de "tontos útiles" (Lenin dixit), que volvían de sus visitas a la URSS cantando glorias sin fin del sistema bolchevique "la libertad de crítica en la URSS es total", proclamaba solemne Jean-Paul Sartre tras una de sus giras turísticas al paraíso proletario", consignó con frialdad la terrible aberración que constituía el régimen soviético, así como los sufrimientos sin fin que provocaba entre la población.

Puesto que la dialéctica marxista como herramienta analítica no podía haber perdido su infalibilidad, la causa de este rotundo fracaso había que buscarla en la tradición judeocristiana, que durante dos mil años había estado infectando el alma de occidente hasta hacerla irrecuperable para el ideal comunista. La propiedad privada como pilar del sistema económico, la familia como forma de organización social y una determinada tradición moral ampliamente compartida, impedían que la historia fluyera en la dirección prevista por los científicos del marxismo.

Finalizado este breve trabajo de campo por tierras bolcheviques "y horrorizado tras comprobar los métodos de un Stalin recién llegado al poder" Gramsci volvió a su país con la intención de liderar el Partido Comunista Italiano. Sin embargo, Mussolini tenía planes distintos para el futuro del líder comunista en Italia, así que le metió en la cárcel y tiró la llave.

En este régimen de enclaustramiento obligado, tan favorable para el recogimiento espiritual y la reflexión serena que requiere toda empresa intelectual de campanillas, Gramsci teorizó brillantemente sobre la necesidad de subvertir el sistema de valores occidental como elemento previo e imprescindible para el éxito del ideal comunista. Para ello, concretó el italiano, era requisito imprescindible ganar para la causa marxista a los intelectuales, al mundo de la cultura, de la religión, de la educación, en definitiva a los sectores más dinámicos en el mundo de las ideas, con la seguridad de que en unas cuantas generaciones cambiaría radicalmente el paradigma dominante en occidente. Sus Cuadernos de la Cárcel, son el compendio indispensable para comprender las claves de este cambio de estrategia. De la importancia seminal de este trabajo, puede hacerse el lector una idea tan sólo indagando en internet a través del motor de búsqueda más popular, utilizando las palabras "quaderni" y el nombre del italiano: el primer resultado que aparece, si se solicitan sólo páginas en español, es un estudio hagiográfico de la

obra de Gramsci editado por la UNESCO, quizás el mayor conciliábulo de tontos útiles del planeta, lo que, dicho sea de paso, confirma plenamente las teorías del aludido.

Por su parte el húngaro Gregory Lukacs, otro brillante teórico totalitario, llegaba en sus análisis a las mismas conclusiones que su colega italiano. Lukacs, además, tuvo la oportunidad de poner en práctica sus teorías durante la breve dictadura de Bela Kum, bajo la que desempeñó las funciones de comisario para la cultura. En el breve plazo que duró en Hungría la dictadura comunista, Lukacs "¿Quién nos libraré de la civilización occidental?" instauró, como parte de su proyectado terrorismo cultural, un radical programa de educación sexual en los colegios, en el que los niños eran instruidos en las bondades del amor libre y los intercambios sexuales, así como en la naturaleza irracional y opresora de la familia tradicional, la monogamia o la religión, que privaban al ser humano del goce de placeres ilimitados. Como se puede ver, los patrones intelectuales de la generación del baby boom tienen su origen en el programa ideológico diseñado por el húngaro con medio siglo de antelación. Nada nuevo bajo el sol.

Es importante insistir en que Lukacs y Gramsci coincidían plenamente con los objetivos finales del marxismo clásico y su diseño de una sociedad nueva, modulada bajo los parámetros de la ingeniería social comunista. Lo único en lo que diferían respecto a sus antecesores era en los medios para alcanzar esos fines. Aunque nuestros progres actuales lo ignoren (como tantas otras cosas), éste es el origen doctrinal del progresismo contemporáneo. De hecho, podríamos decir que Gramsci y Lukacs son los padres intelectuales del progre del Siglo XXI, y si la izquierda de a pié prefiriera la lectura sosegada a la deglución acrítica de mantras prefabricados, los institutos de la LOGSE y las aulas universitarias estarían llenas de camisetas con la imagen de estos dos precursores de la revolución cultural, en lugar del sempiterno Ernesto Guevara. Ambos pusieron las bases de la contracultura que nuestros progres adoptaron como propia a partir de los años 60, cuyo fin es erosionar las bases del sistema de vida de occidente y hacer posible el sueño marxista de una sociedad en la que propiedad privada, familia y tradición moral acaben siendo reliquias del pasado.

Pero estos escauceos teóricos no hubieran tenido apenas virtualidad en la forma de vida occidental sin la participación de la más formidable maquinaria de propaganda marxista. Hablamos, naturalmente de la Kommintern, o Internacional Comunista, dirigida por un genio de la infiltración, un agitador profesional como Willi Münzenberg.

Münzenberg había sido compañero de Lenin ya en su etapa suiza, antes de la revolución bolchevique. Una vez conquistado el poder, el nuevo líder soviético le puso a trabajar junto a Karl Radek "un intelectual radical polaco dedicado a "racionalizar" las ideas revolucionarias" y Félix Dzerzhinsky "creador de la Cheka e inventor de la policía secreta como instrumento de terror revolucionario", convirtiéndose en el responsable directo de las operaciones de propaganda en occidente.

Münzenberg utilizó la Komintern para la consecución de un objetivo muy sencillo en su definición, pero tremendamente complicado de llevar a cabo. En esencia, su misión fue inocular en la conciencia de occidente, como una segunda naturaleza, la idea de que cualquier crítica o reproche al sistema soviético sólo podía provenir de personas fanáticas, fascistas o sencillamente estúpidas; mientras que los partidarios del comunismo eran, por el contrario, gente con una mente avanzada, partidarios del progreso de la humanidad y tocados por un halo especial de refinamiento intelectual. Para ello, los hombres de Münzenberg contaron con la colaboración, dentro de occidente, de una auténtica pléyade de escritores, periodistas, artistas, actores, directores de cine, científicos o publicistas, de Ernest Hemingway a John Dos Passos, de Bertolt Brecht a Dorothy Parker, dispuestos a defender una imagen idealizada del sistema comunista y a esparcir por el mundo las bondades del régimen soviético. Sobre la opinión que el propio Münzenberg tenía de todos ellos, baste señalar el calificativo que empleaba en privado para definirlos: "El club de los inocentes".

Bajo su dirección, la Komintern se convirtió en el primer "multimedia" de la Historia, con decenas de periódicos, revistas, editoriales, estaciones de radio o productoras de cine formando un complejo entramado dispuesto para la difusión del tipo de mensajes que interesaba a la dirección comunista. El éxito de la estrategia, pudo influir en su posterior reproducción a escala nacional por parte de corporaciones empresariales privadas, cercanas a los centros de poder socialista y con algunos ejemplos exitosos bien conocidos, cuya condición empresarial, rabiosa y saludablemente capitalista, no entorpece su particular empeño en la difusión de los dogmas típicos de la vulgata marxista en contra de la globalización, el libre mercado, los EEUU o la moral judeocristiana de los que se nutre diariamente su parroquia.

Münzenberg, además, fue el creador de la figura de la "agencia de noticias", que bajo su inspiración servía tanto para labores de intoxicación informativa como para ocultar excelentemente a los hombres encargados de las tareas de espionaje en los países anfitriones.

Pero además de la Komintern de Willi Münzenberg, la llamada Escuela de Francfort, fundada por Lukacs y otros miembros del Partido Comunista Alemán, estaba llamada a desempeñar un papel directo en las tareas de subversión cultural, especialmente en los Estados Unidos de Norteamérica, donde recaló huyendo del nazismo (de nuevo el proverbial heroísmo comunista), toda esta troupe de intelectuales concienciados. A su examen y al de las claves del combate contracultural que se viene desarrollando desde hace ya medio siglo, dedicaremos el siguiente capítulo de esta serie.

El secuestro de la sociedad civil: Herbert Marcuse

A comienzos de los años 20 del siglo pasado Lucaks, junto con otros compañeros del Partido Comunista Alemán, creó el Instituto de Investigación Social, ligado académicamente a la Universidad de Francfort. En su seno, los sucesores de Gramsci recogerían su legado intelectual para producir una escolástica marxista con la que emprender "el largo camino a través de las instituciones".

Las figuras más importantes de la Escuela de Francfort fueron Max Horkheimer, bajo cuya dirección se consolidó su prestigio internacional como centro de pensamiento avanzado, el crítico musical Theodor Adorno, el psicólogo Erich Fromm y un joven talento nacido de la propia escuela llamado Herbert Marcuse. Todos ellos arribaron a los Estados Unidos de Norteamérica huyendo del nazismo, encontrando acogida en la Universidad de Columbia, en el Estado de Nueva York.

A los efectos de este breve estudio, el hito más importante de la escuela de Francfort es el desarrollo de lo que se llamó "La Teoría Crítica". La crítica a la que hace referencia su denominación se dirigía, obviamente, hacia la sociedad occidental capitalista, que estos pensadores marxistas declaran férreamente oprimida por una mentalidad tradicional judeocristiana, a la vez que manipulada por las estructuras burocratizadas de los grandes medios de comunicación, que producen una falsa cultura con el objeto de apaciguar, reprimir y entontecer a las masas mediante la imposición de aberraciones conceptuales como el cristianismo, la autoridad, la familia, el capitalismo, la jerarquía, la moralidad, el patriotismo, la tradición, la lealtad, el conservadurismo o la continencia sexual.

Bajo la teoría crítica, el sistema occidental es acusado de cometer toda clase de genocidios contra el resto de las civilizaciones (el mito rousseauniano del buen salvaje), de mantener sojuzgados a sectores enteros de la población (mujeres, minorías étnicas, homosexuales, etc.) o

de fomentar el nacimiento y desarrollo de todo tipo de conductas de carácter fascista. Se trata de un marco filosófico que pretende inculcar un pesimismo constitutivo en el alma occidental, a pesar de ser la sociedad más próspera y libre del planeta. Sin embargo, como escribió Aron, "todo régimen conocido es torpe y culpable si uno lo compara con un ideal abstracto de igualdad o libertad". A grandes rasgos esta fue la estrategia psicológica para que la generación occidental de los 60, la más privilegiada de la Historia, se convenciera a sí misma de vivir en un infierno insufrible.

Pero quizás el hito más importante de la Escuela de Francfort fue la publicación del libro de Herbert Marcuse "La tolerancia represiva", que muy pronto se convertiría en lectura de culto en los ambientes académicos. Marcuse, como ya se ha apuntado, llegó a los EEUU junto con los demás integrantes de la escuela aunque, a diferencia de la mayoría de sus compañeros, no volvió junto a ellos a Alemania en los 50. Cuando los campus universitarios norteamericanos ardían en las oleadas violentas de los 60, Marcuse era una figura venerada entre los sectores más radicales. Sus alocuciones a los estudiantes llamándolos a la rebelión le convirtieron en un icono intelectual. Suya es la consigna "haz el amor y no la guerra".

En "La tolerancia represiva", Marcuse construye su acta de acusación formal contra la burguesía, considerándola no como un crisol de conductas arcaicas o pasadas de moda, sino como la causa directa de la opresión fascista que soporta la sociedad. Así como el marxismo clásico criminalizó a la clase capitalista, la Escuela de Francfort, a través de Marcuse, declaró culpable de los mismos delitos al sector sociológico formado por las clases medias. El desarrollo teórico posterior de esta idea seminal llevó a sus estudiosos a concluir que los individuos que crecían en familias tradicionales eran incipientes fascistas, nazis potenciales, al igual que los que hacen gala de algún síntoma de patriotismo, los practicantes de religiones tradicionales o, en general, los autotitulados conservadores.

Pero Marcuse es también el responsable de otras herramientas dialécticas del arsenal progre como el concepto de "tolerancia represiva", según el cual aceptar la existencia de una amplia variedad de puntos de vista (otros lo llamamos simplemente "libertad de expresión") es, en realidad, una forma escogida de represión. Marcuse definió su particular concepto de la tolerancia como la comprensión condescendiente para todos los movimientos de izquierda, conjugada con la intransigencia más absoluta respecto a las manifestaciones de matiz conservador. Un

ejemplo claro de esta táctica totalitaria se pudo ver en el tratamiento informativo de los sucesos acaecidos en la manifestación de la Asociación de Víctimas del Terrorismo, en la que José Bono fue objeto de una agresión inexistente. Las protestas airadas de un grupo de ciudadanos contra la presencia en la misma de un ministro del Partido Socialista Obrero Español, fueron calificadas como un acto injustificable de exaltación fascista. Por el contrario, las violencias que en los últimos años ha padecido el sector conservador de la sociedad "éstas sí muy reales y, en algunos casos, con riesgo físico más que evidente para los que las padecieron", el destrozo de las sedes del partido de la derecha o las pancartas con gravísimos insultos a sus representantes políticos (con fotografías incluidas, para que no hubiera duda) sólo merecieron "más daño hacen las bombas de Irak" comprensión y argumentos exculpatorios por parte de estos mismos custodios de la ortodoxia democrática. La circunstancia de que el autor de la palinodia más agresiva sobre el resurgimiento del fascismo ibérico, publicada a raíz del suceso, acumulara en sus manos las carteras de Interior y Justicia, suceso inédito en las democracias avanzadas y, en cambio, algo muy habitual en los regímenes fascistas, sólo añade el tradicional toque esperpéntico de la izquierda cuando se pone a pontificar.

En realidad, Marcuse no hacía sino actualizar las directrices de órganos comunistas como el Comité Central del PCUS, que ya en 1943 instruía a sus cuadros con la siguiente consigna: "Nuestros camaradas y los miembros de las organizaciones amigas deben continuamente avergonzar, desacreditar y degradar a nuestros críticos. Cuando los obstructionistas se vuelvan demasiado irritantes hay que etiquetarlos como fascistas o nazis. Esta asociación de ideas, después de las suficientes repeticiones, acabará siendo una realidad en la conciencia de la gente".

Esta técnica dialéctica ha sido adoptada por la progresía contemporánea (cualquier discusión en la que los argumentos conservadores se hacen difíciles de refutar, es zanjada por el progre de turno tachando de fascista a su contradictor) y sigue plenamente vigente sesenta años después. Este y no otro es el origen de lo que se ha dado en llamar "lo políticamente correcto" "marxismo cultural sería la definición más apropiada en términos históricos", especie de estricnina intelectual adoptada por el progresismo dominante como elemento constitutivo de su particular cosmovisión, que desemboca con éxito en la imposición de los tópicos prefabricados en defensa de la agenda cultural, intelectual y moral de la izquierda. Basta con asomarse a los medios de comunicación para constatar la magnitud de la dictadura de este marxismo cultural, que

obliga a la aceptación de estos principios bajo pena de excomunión democrática. La homosexualidad, la infidelidad, el aborto, la promiscuidad exacerbada y en general cualquier conducta contraria a la esencia de la familia tradicional, es ofrecida a través de programas de testimonio, tertulias o teleseries como expresiones altamente enriquecedoras del ser humano. El menoscabo de la propiedad privada en beneficio de un "interés público", la masiva intervención estatal en asuntos privados como la enseñanza o el llamado Estado del Bienestar, son considerados también elementos imprescindibles para el progreso de las sociedades. Por el contrario, la religión "cómo cocinar un Cristo para dos personas", la defensa de la propiedad privada y el capitalismo como elementos imprescindibles para el progreso económico, la familia como forma de organización social o la observancia de un código moral transmitido durante generaciones, son elementos situados en el punto de mira de los acorazados del progreso con carácter permanente. Cualquiera que se atreva a disentir del dictado del marxismo cultural configurado a través de estas consignas, es tachado inmediatamente de reaccionario, fanático o, si persiste en su empeño, de fascista.

Bajo el régimen despótico de lo políticamente correcto, las únicas expresiones religiosas admisibles son las que ponen el acento en conceptos típicos de la agenda progre como la justicia social, la redistribución de la riqueza o el tercermundismo anticapitalista. Por otra parte, tras varias décadas de marxismo educativo, nuestros alumnos son los menos capacitados en las áreas clásicas de conocimiento (en algunos casos rayando en el puro analfabetismo), pero en cambio conforman las generaciones más hipersensibilizadas con los tópicos promovidos por la izquierda como los riesgos del medio ambiente, la lucha contra la opresión capitalista, la tolerancia sin límites, el pacifismo sin condiciones, el multiculturalismo o el relativismo ético.

El éxito del programa intelectual gramsciano queda atestiguado con ejemplos como el de Michael Walzer, quien en el número de invierno de 1996 del órgano marxista Dissent citaba las siguientes conquistas: "el visible impacto del feminismo, los efectos de la discriminación positiva, la emergencia de los derechos políticos de los gays y la atención que se les presta en los medios de comunicación, la aceptación del multiculturalismo, la transformación de la vida familiar incluyendo el incesante crecimiento de las tasas de divorcio, cambio de roles sexuales, nuevas formas de concebir la familia y, de nuevo, su representación favorable en los medios, el progreso de la secularización, la expulsión de la religión en general, y el cristianismo en particular, de la esfera pública

(aulas, libros de texto, códigos legales, periodos vacacionales, etc.), la virtual abolición de la pena capital, la legalización del aborto o los éxitos iniciales en el esfuerzo para regular y limitar la posesión de armas de fuego". Pero lo más destacable de todo es, como admite el propio Walzer, que todas esas conquistas han sido impuestas por las élites progresistas, sin que respondan a la presión de movimientos de masas.

Todo este proceso histórico ha desembocado finalmente en la aceptación generalizada de la agenda política de la izquierda "hasta los partidos de la derecha conjugan con total despreocupación términos como desarrollo sostenible, cambio climático, equilibrio norte-sur, justicia social, defienden la educación pública, el estado del bienestar, etc.", en lo que quizás es la última fase de esta larga marcha a través de las instituciones diseñada en su día por Gramsci con dimensiones proféticas y que Aldous Huxley concretó admirablemente cuando escribió que "un estado totalitario realmente eficiente, es aquel en el que las élites controlan a una población de esclavos que no necesita ser coaccionada, porque en realidad ama esta servidumbre."

El desfonde de la posmodernidad

Toda esta vastísima empresa contracultural, sólo sirvió para retrasar tal vez unas décadas el hundimiento del bloque soviético. Sin embargo, la labor de disolución de los ideales en los que se sustenta la sociedad libre característica de los sistemas occidentales, ha sido un éxito rotundo. Tan sólo una cultura degradada o una civilización dando sus últimas boqueadas, es capaz de asimilar el material de derribo esparcido por la vulgata marxista y adoptarlo como patrón de conducta.

La consecuencia inmediata del aplastamiento de los principios que sustentan el orden natural (familia, propiedad privada, moral tradicional, libre comercio), no podía ser otra que la increíble desorientación de las sociedades que lo han padecido. En el estado de cosas actual, se acepta prácticamente como un dogma de fe que la realidad sencillamente no existe, con lo que el hombre se despoja voluntariamente de su principal herramienta de supervivencia: La razón. Si nada es bueno o malo, moral o inmoral, si todo es relativo, si las afirmaciones absolutas son observadas como la demostración del carácter autoritario de quien las sostiene, si no se admite que el ser humano puede conocer la existencia de una realidad objetiva, integrando la información que le proporcionan sus sentidos a través de la razón, entonces el mundo se convierte en algo incomprensible y amenazador, un sitio en el que no merece la pena esforzarse por alcanzar unas metas de cuya moralidad nadie pue-

de responder.

En la sociedad actual, la masa sustituye una visión integrada de la existencia de acuerdo con patrones racionales, por los principios que le ofrece la atmósfera cultural que les rodea. Pero la educación, sometida al dictado de los ingenieros sociales que inundan sus estratos superiores, ya no es una herramienta de transmisión del conocimiento analítico, sino un medio de reformar la sociedad en virtud de un patrón predefinido. Los medios de comunicación, las películas, etc., presentan por lo general a una serie inagotable de tarados, drogadictos, depravados y psicóticos en sus múltiples variantes como modelos de conducta (repase mentalmente el lector cualquier película de "nuestro director de cine más internacional") o, en el mejor de los casos, como representantes del alma humana, invitándonos a imitarles o, al menos, a mostrar nuestra comprensión en lugar del enérgico rechazo espontáneo que deberían suscitar en cualquier mente sana.

Los intelectuales, la última esperanza de cualquier sociedad que quiera iniciar su rearme moral, ofrecen, salvo contadas excepciones, un espectáculo grotesco caracterizado por el escepticismo militante, el laicismo agresivo, el pesimismo constitutivo o el gusto por la autodepravación en sus múltiples posibilidades.

Durante la II Guerra Mundial, no fue infrecuente el suicidio entre los voluntarios para ir al frente que eran rechazados por no resultar aptos. En contraste, si se pregunta a la izquierda política de nuestro tiempo cuales son los ideales que debe defender occidente, la respuesta será tal brebaje de generalidades grandilocuentes sobre la humanidad, el diálogo entre civilizaciones, los derechos humanos, la legalidad internacional emanada de la ONU, la paz mundial o el desarrollo sostenible, que ni un insecto se dejaría matar por ellos.

Cuando se ha conseguido llevar a la mitad más próspera y libre del planeta a este estado de desfonde intelectual y moral, el terreno queda convenientemente abonado para que fructifiquen hasta las ideas más delirantes de la intelectualidad orgánica de izquierdas, siempre removiendo los cascotes del muro de Berlín, a la búsqueda de alguna idea que no ofenda en exceso la inteligencia humana. En este estado de postración intelectual, no resulta extraño el extraordinario florecimiento de la irracionalidad, el misticismo absurdo y las doctrinas descabelladas, de todo lo cual el movimiento de la Nueva Era es su principal expresión.

Si el progresismo es la quintaesencia de la ingravidez intelectual, la New Age es su trasunto oligofrénico, lo que la convierte, de inmediato,

en una propuesta atractiva para el espíritu contemporáneo, pues ofrece una oportunidad para integrar todos aquellos elementos absurdos que la esquizofrenia postmoderna había dispersado.

El movimiento New Age es una corriente cultural (es decir contracultural), cuyo origen se localiza en la costa oeste de los EEUU durante la década de los sesenta, que se basa en una concepción mágica de la realidad, en la que los arcanos de las culturas más disparatadas (atlantes, rosacruces), las terapias más absurdas y una antropología irracional, se trufan con un mesianismo milenarista, un pacifismo ultramilitante y el inevitable toque OVNI, formando una grasienta empanada de imposible digestión. La renuncia intelectual de sus practicantes es tan severa, que dentro del movimiento de la Nueva Era no resulta extraño encontrar a cristianos que creen firmemente en la reencarnación, o estrellas de Hollywood, cuya evidente politoxicomanía y hedonismo no les impide declararse fervorosas seguidoras del ascético budismo zen.

En realidad, la New Age sirve perfectamente a los fines establecidos por los ideólogos de la guerra contracultural, pues su mística, al contrario que la judeocristiana no está basada en la comunión o el crecimiento personal, sino en la disolución total con un evanescente "todo cósmico". Este carácter decadente de la ética y la estética New Age, que entroniza el relativismo moral y cultural como un valor a perseguir, convierte a esta corriente en un aliado virtuoso de la intelectualidad progresista, en su tarea de dejar a la sociedad sin recursos eficaces contra su propaganda anticapitalista.

Es hora de insistir en que el capitalismo es el único sistema que permite al individuo llegar tan lejos como su inteligencia, ambición o habilidad le lleven, recompensándole en consecuencia. Bajo el orden capitalista, el éxito no depende del dictado arbitrario de unos pocos sino de la aceptación de una mayoría libre. No nos engañemos. Nuestro sistema de vida capitalista no es atacado por este ejército de zombis morales por sus defectos (que los tiene como toda obra humana), sino precisamente por sus virtudes. La motivación real de los colectivistas hegeliano-marxistas que controlan nuestra cultura, no es su amor por el comunismo o su pasión por la "liberación del tercer mundo oprimido", sino su odio visceral hacia el sistema de vida occidental capitalista. Su mediocridad les impide admitir que el éxito de los demás se debe a su superior talento o disciplina; por tanto insisten con empeño en que toda fortuna es fruto del robo y, por extensión, que la riqueza de los países prósperos procede de la explotación injusta de las zonas míseras del planeta. Por eso siguen repitiendo que los que defendemos la libertad civil y

la propiedad privada somos peligrosos egoístas totalitarios, mientras que los apóstoles de mayores controles estatales o los que se declaran fascinados por el régimen castrista, son los auténticos adalides de la libertad y el progreso.

Ahora, más que nunca, es necesaria una rebelión intelectual y moral que desenmascare todo este veneno social y los agentes que lo inoculan. Aunque la tarea es ingente, es posible detectar algunos incipientes movimientos reactivos en amplias capas de la población. El éxito de iniciativas como Libertad Digital, o más coyunturalmente las masivas manifestaciones en defensa de cuestiones que afectan al orden social y a los principios en que se sustenta la unidad nacional, así lo demuestran a nuestro juicio. El nerviosismo de la izquierda lo corrobora. Es como si todos esperaran a que el vecino afirme públicamente que el "rey va desnudo" para sumarse con bravura a esta denuncia de lo evidente. Pues bien, proclamemos ya, ahora, que el rey no sólo va en pelotas, sino que además, estamos dispuestos a rebelarnos contra su tiranía con las herramientas que proporciona a todo hombre la razón, la moral y la inteligencia, para distinguir lo que la Historia ha demostrado que hace a las sociedades prósperas de lo que las esclaviza.

En última instancia, la única diferencia entre la conquista violenta del poder por una minoría totalitaria, como pretendía el leninismo, y la obtención del mismo por caminos difusos previa aniquilación del arsenal moral e intelectual de la sociedad, si finalmente sucede, sólo estribará en que la agonía habrá sido más larga y las víctimas mucho más numerosas. Es posible que estemos inmersos en una guerra perdida de antemano, pero aún así, nosotros estamos dispuestos a luchar en ella con todas sus consecuencias. ¿Y usted?